

Las tres lealtades de Joaquín Satrústegui

A la mañana, la voz amiga de Víctor Carrascal, tan próximo a Joaquín Satrústegui por lazos de ideología y de familia, me comunicaba la inesperada nueva de su fallecimiento.

Al punto, como una especie de reflejo automático, me vinieron a las mientes unas estrofas del famoso poema de Jorge Manrique, que tantos miles de españoles saben de memoria. Más de una docena de esos inmortales versos resultan tan apropiados para la figura de Satrústegui, que cualquiera diría que se habían escrito para esta ocasión, si bien en un castellano arcaizante.

A nuestro inolvidable amigo, correligionario de tantas lealtades compartidas, son, en efecto, de directa aplicación muchos de los rasgos con que el poeta retrataba al maestro don Rodrigo.

«Aquel de buenos abrigo, / amado por virtuoso / de la gente, / tan famoso y valiente, / sus grandes fechos y claros / no cumple que los alabe / pues los vieron, / ni los quiero fazer caros, / pues que todo el mundo sabe / cuáles fueron». «¡Qué amigo de sus amigos! ¡Qué señor... ¡Qué maestro de esforzados y valiente!»

Qué bien se podrían decir de Satrústegui, en este postrer momento, aquellas otras frases: «Después de puesta la vida / tantas veces por su ley / al tablero, / después de tan bien servida / la corona de su rey / verdadero, / ... después de tanta hazaña / a que no puede bastar / cuenta cierta, / ... vino la Muerte a llamar / a su puerta».

Joaquín Satrústegui ocupaba en la vida pública española una posición que nadie podrá cubrir ya. Quizá no sea preciso, porque la historia no gusta de repetirse y él acertó a dejar hartos bien cumplida la función que en las circunstancias nacionales de cada momento había resuelto asumir con la indomable tenacidad y la impecable coherencia que acompañaron su rica trayectoria política.

Las tres grandes lealtades de Satrústegui fueron España, con todos los valores espirituales y éticos de su mejor historia; la libertad y la Corona.

Para varias promociones de españoles, monárquicos y liberales, Satrústegui ha sido durante muchos años un modelo y un maestro: para sus primeros y permanentes compañeros de «Unión Española», algunos de los cuales ya habían militado con él entre los jóvenes monárquicos de tiempos de la República, para los universitarios de los años cuarenta y cincuenta, para los europeístas de esas décadas y de la siguiente, cuando el entusiasmo por la causa continental



era una afirmación política sustantiva, y un puente para la reconciliación nacional, como el que Joaquín y otros tendieron en 1962 en la reunión de Munich.

Pero en esta conmemoración de urgencia yo querría mencionar dos importantes intervenciones de Joaquín en la transición política española, de las que la

historia — la grande o la pequeña de estos — guardará recuerdo o debería guardarlo.

Fue la primera, la de la famosa Comisión de los nueve, representantes de los grupos políticos democráticos de los primeros momentos de la transición. Creo que Satrústegui ha dejado escrita la crónica de los trabajos de ese selecto colegio de delegados de las antiguas oposiciones democráticas, que trató con tanta fortuna con el presidente Suárez los propósitos y las aspiraciones de la transición. El documento que resume los planteamientos de esa Comisión, en cuya redacción final fue decisiva la pluma de Satrústegui, es una especie de avance y prontuario de los principios políticos que inspirarían la posterior constitución española.

Los liberales de aquel momento nos sentíamos honrados con que Joaquín Satrústegui hubiera aceptado representarnos a todos y nunca hemos dejado de agradecerle su valiosísimo trabajo.

Del otro hecho tuve la oportunidad de ser testigo más que directo, como presidente del Senado constituyente. Uno de los principales problemas que habían llegado abiertos al debate constitucional de la Segunda Cámara — o que fue reabierto en ella por los nacionalistas vascos — fue la famosa y discutida Disposición Adicional de la Constitución del 78.

Joaquín Satrústegui, senador por Madrid, inscrito entonces en el grupo parlamentario del llamado PDSI, presentó unas enmienda transaccional que estuvo a punto de ser aceptada por casi todos los partidos. Circunstancias, a juicio de muchos de nosotros desafortunadas, frustraron el propósito de Satrústegui. Pero el esfuerzo desplegado en su intento de una jornada parlamentaria inolvidable resulta digno de toda admiración y encomio. Espero que en el libro que al parecer ha dejado escrito o en otros papeles suyos esté pormenorizadamente relatada la historia de aquel día.

En ambos casos Satrústegui había actuado bajo la inspiración de los mismos propósitos y lealtades que gobernaron toda su vida pública. A lo largo de ella, Joaquín se ganó el respeto de amigos y adversarios, que unánimemente no dejaron nunca de reconocer o proclamar que fue siempre y ante todo, un cumplido caballero.

Dios habrá acogido paternalmente en su seno a este espejo de lealtades, cristiano a carta cabal, español desinteresado, monárquico y liberal en todas las manifestaciones de su vida.

Antonio FONTÁN